

Año IV. Barcelona 28 de Noviembre de 1890. Núm. 181.

LA Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

EL HOMBRE DEL DIA, POR ESCALER



Periódico literario, ilustrado

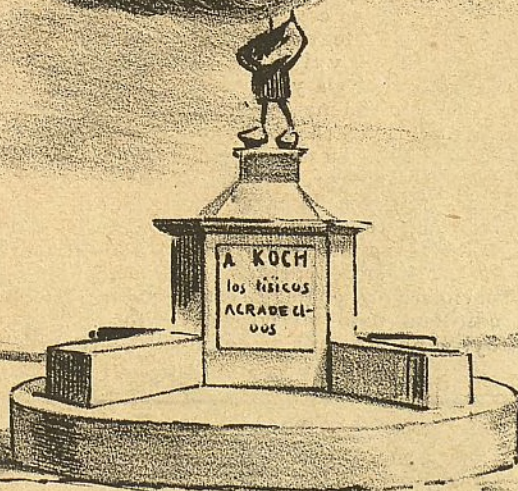
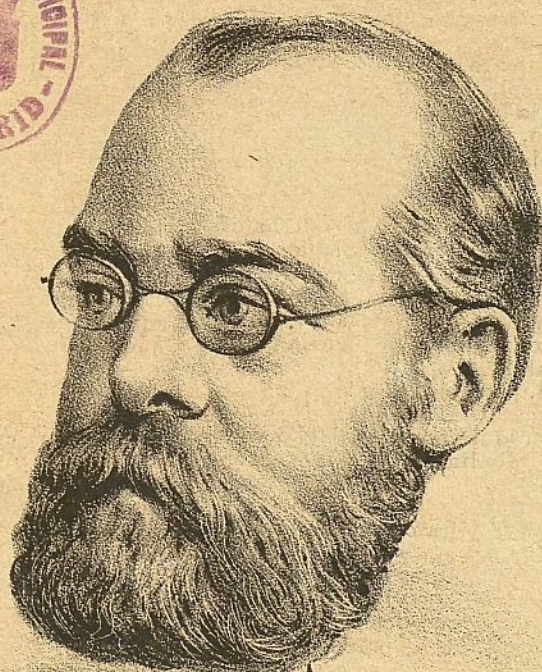
Administración: Vertrallans, 3, 1.º

Horas de despacho: de 2 á 4 tarde

Precios de suscripción

| | | |
|-------------|------------|-----------|
| Barcelona. | 1'50 ptas. | trimestre |
| Provincias. | 5 | semestre |

Números atrasados: 1 real.



MR. ROBERTO KOCH
(descubridor del tratamiento contra la tisis)

Ayuntamiento de Madrid

LA MUJER NERVIOSA

I.

—¿Te parece, esposa mía, que vayamos á dar una vuelta? La tarde está deliciosa... ¿No me contestas?... Podríamos bajar por la calle de Alcalá, sentarnos un ratito en Recoletos y después, piano piano pianino, volveremos á nuestra casa... ¿Eh? ¿Te parece bien mi proposición?

—Nazario, eres un avestruz.

—¡Honorina!

—Y un verdugo.

—¿Eh?

—Me ves tendida en este sofá, con surcos amoratados al rededor de los ojos, el labio trémulo y la mirada vaga, y no respetas mi situación angustiosa.

—¿Pero qué tienes?

—¿No lo ves? ¿No te fijas en mi martirio? ¿No sabes que estoy nerviosa?

—Es que...

—¡Quita! vete: te lo suplico. Hoy todo me hace daño: el sol, el aire, el cielo, el aroma de las flores, la lavandera, el aceite frito... Vete, Nazario, vete, porque acabaré por tirarte cualquier cosa á la cabeza. ¡Ay!... ¡Cómo se me crisan los dedos! ¡Ay! ¡Con qué gusto te mordería!...

El esposo va á encerrarse en su habitación, no sin decir antes á la criada:

—Oiga usted, Rosa: no entre para nada en el gabinete de la señorita, ni vaya usted á pedirle dinero para los garbanzos, ni meta usted ruido, ni cante usted en la cocina.

—¿Está mala?

—Peor aún. ¡Está nerviosa!

II.

—Honorina, ¿quieres hacerme el favor de traerme un cuello limpio?... ¿Oyes, Honorina?

—Déjame en paz.

—Pero, mujer. ¡Mira cómo está estel!...

—Quisiera morirme.

—Corriente; pero antes tráeme el cuello.

—¡Qué desgraciada soy! ¡Felices las personas que no tienen nervios! Hay días horribles. Me levanté esta mañana y lo primero que hice fué romper un cristal con la cabeza: sentía la necesidad de romper algo. Después me puse á planchar y tiré la planchar y tiré la plancha y la ropa y la mesa. No tiré á la criada porque en medio de todo tengo buenos sentimientos... ¡Ay, Nazario! ¿Por qué me casé contigo? ¡Tú no me comprendes! Tú eres un sér vulgar, dado á todas las ordinariencias; te gusta la carne estofada con zanahorias; te gusta el queso manchego; te gustan las zapatillas forradas de bayeta. ¡Eres un hombre soez! A mí me crispa los nervios tu presencia. En estos momentos te odio con todo mi corazón. ¡Mira cómo estoy! Si no te quitas de delan-

te, acabaré por clavar mis uñas en esa cara que parece un panecillo francés...

—Tranquilízate, Honorina.

—Vete, Nazario, te lo suplico.

—Me iré, pero dame el cuello.

La esposa lanza una carcajada histérica.

—¡Ya tiene el ataque!—dice el esposo.—

¡Rosa! ¡Rosa! Trae una jofaina con agua fresca. Es preciso evitar que se rompa el vestido. Afójale el corsé. Métela en la boca una cuchara, para que no se le cierren las mandíbulas. ¡Qué desgracia! ¡Pobre esposa mía!...

La criada obedece al señorito y pone á la señorita hecha una lástima, á fuerza de cuidados.

Después de bañarle el rostro con vinagre y darle fricciones con una toalla, la señorita vuelve en sí, pero su esposo no se atreve á recordarle que necesita un cuello limpio.

—Adios, cielito,—la dice.—Ya sabes que es hora de oficina. A ver si procuras dormir, y no pienses en nada que te disguste. Llevaré el cuello sucio.

—¡Ay!... ¡Ay!—dice ella agitándose convulsivamente.

Y don Nazario por no excitar los nervios de su esposa, coge el sombrero y se va á la oficina diciéndo para sí:

—¡Qué lástima me dá la pobre! ¡Maldito temperamento! ¡Que culpa tiene ella de haber nacido nerviosa!

III.

—Honorina, estos niños están hechos unos gorrinos. Mira qué cutis tienen. ¿Por qué no los lavas?

—Déjame en paz, Nazario.

—No quiero. En esta casa no hay orden. Hace mes y medio que no se barre. Tú no eres una mujer: eres un costal de paja, sin disposición y sin amor propio.

—¿Me insultas? ¿Me escarneces? ¿Me faltas á todas las consideraciones? Puen bien, yo te odio... ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Que desgraciada soy!

Y comienza el ataque de nervios.

Honorina se deja caer sobre un sofá y muerde la tela con desesperación.

Nazario se lanza en su socorro y quiere sujetarla, pero recibe un puñetazo en las narices y tiene que limitarse á llamar á la criada para que le afloje de nuevo el corsé y le dé unas friegas con la toalla.

Entretanto, los niños, que á fuerza de no lavarse parecen de barro cocido, lloran en un rincón, y la madre echando espuma por la boca, insulta al esposo, llamándole bruto, ordinario y monstruo y caballería mayor.

Nazario, entonces, creyendo que su presencia puede agravar el estado de la nerviosa, toma el olivo y desaparece por el foro.

—¡Pobrecita!—dice.—¡La he irritado! ¡Qué

falta de consideración la mía! He debido tratarla con más cariño. ¡Bastante desgracia tiene la infeliz! ¡Pícaros nervios!

IV.

—Honorina, ¿por qué miras con tanta atención al vecino de enfrente? Honorina, empiezo á escamarme. Tú no eres la misma; tú olvidas los deberes que te impone tu estado.

—¡Qué horror! Nazario, eres un déspota; Nazario eres un monstro. Nazario, yo quiero divorciarme... ¡Ay!... ¡Ay!...

Nueva pataleta. El esposo recibe tres puñetazos en la nariz y dos en el nuca. La sangre corre abundantemente y Rosa acude con un frasco de árnica.

—Póngase usted unos paños, señorito.

—Sí, sí. ¡Me duele mucho!

Honorina se retuerce en el suelo; los ni-

ños lloran como cabritos faltos de alimentación.

—¡Qué desgracia!—dice D. Nazario.—Honorina es un ángel, pero no puede sujetar los nervios. He sido un imbécil al pedirle cuenta de su conducta... Hijita, tranquilízate; vuelve en tí; ya sé que eres buena y pura como un serafín. No volvere á molestarte con mis celos... Rosa, Rosa; trae la botella del vinagre...

V.

—Adios, don Nazario.

—Buenos días, señores.

—¿Qué tiene V. en la cara?

—Pocas cosas.

—Está hinchadísima.

—Sí; mi señora me ha descalabrado.

—¡Caramba!

—¡Como la pobrecita es tan nerviosa!...

LUIS TABOADA.

LA CURACION DE LA TISIS

Lleno anda hoy el mundo todo de gozo y satisfacción, porque se ha encontrado el modo de curar la consunción. En breve se extinguirá la tisis que á tantos mata, y en breve ya no será verosímil la *Traviata*; es decir, que si lograsen curar la tisis al fin y en berlina no quedasen los doctores de Berlín, quien muriera ya no habría como ella; pero, ¡eso no! ¡faltar, nunca faltaría quien viviera cual vivió! Ya á nadie echar los pulmones por la boca será dado, á no ser en las sesiones del Congreso ó del Senado; y si hacer se digna Dios esos beneficios reales, no tendrán lectores los poetas sentimentales, puesto que sus lastimeras estrofas no leerán esas chicas noveleras que en el primer grado están. Las chicas esas flacuchas—que han de ser bien estudiadas, no se dé *virus* á muchas de *virus* necesitadas—aunque no tengan pulmones y sufran torturas crueles, con dos ó tres inyecciones se pondrán como toneles.

Remedios tan portentosos mejorando irán los físicos, y en breve no habrá gomosos, pues que no habrá «pollos tísicos». Es lo que más me admiró de ese portentoso invento, lo facilísimo y lo muy vulgar del tratamiento. La operación es sencilla y no ofrece riesgo alguno: cogen una jeringuilla y lo jeringan á uno. Así nadie es molestado por quien la tisis le extingue; porque hay quien acostumbrado no esté á que se le jeringue!... Bien hayan esos talentos que impiden que nos abrumen los parásitos hambrientos que á la humanidad consumen. La invención es buena, á fé; pero conviene advertir que hay mil parásitos que no puede ella destruir. Con invención tan genial no se obtiene el destructor del parásito social, que es de todos el peor. Quien pueda su ingenio avive y algo invente que deshaga al curial, que á costa vive de aquel que las costas paga. El fin búsquese después de esa política abyecta, que del parásito es la encarnación más perfecta;

pero no se emplee un medio que exija inoculación, porque podría el remedio provocar una *reacción*. Procuren los inventores poner la vida en un tris, de esos «administradores» que le salen al país, hombres de instintos aviesos que no hay medio de extirparle... ¡á quien administren esos ya pueden «administrarle»! De bacilos todos ven que existe una infinidad que quizá concluyan en breve con la sociedad. Entre esos seres que digo, y que hay que perder de vista, se hallan el fraile, el mendigo, el banquero y el sablista; diputados como hay ciento que se pirran por hablar y creen que al Parlamento no se va más que á hablar; gobiernos envilecidos que gobernando se atracan, y esos jefes de partidos que siempre partido sacan. Quien por la ciencia bataille y, en bien de los desdichados, los antibacilos halle de los bacilos citados, quizá de que es se convenza el remedio de ese mal, inocular la vergüenza en la sociedad actual...

FERNANDO SEGURA.

ELLOS Y ELLAS, POR MELITON GONZALEZ



¡Mira, mira cómo empieza!

Ayuntamiento de Madrid

ELLOS Y ELLAS, POR MELITON GONZALEZ



¡Mira, mira cómo acaba!

HISTORIAS TRISTES

POEMA EN UN CANTO

A mi ilustre amiga Lola
Rodríguez de Tió; hom-
enaje de admiración y cari-
ño profundísimos.

I.

Vas á escuchar la peregrina historia
que encontré cierta vez, de cierta villa
en cierto viejo é ignorado archivo,
y que conservo aún en la memoria
como un recuerdo vago y fugitivo.

Honda tristeza al repetirla siento;
puede ser que, á la corta ó á la larga,
por imitar al héroe de mi cuento,
yo mismo olvide la lección amarga.

Antes que el sol de mi entusiasmo muera
como un astro sin luz en el vacío,
esa historia, soñada ó verdadera,
á tu cariño sin temor confío.

II.

«Era Andres un muchacho de talento
educado en las calles de la Habana;
cuando supó rimar un pensamiento
sentó plaza en la *escuela sevillana*,
y, por haber escrito una comedia
que el público *pasó* de mala gana,
ya se creía superior á Heredia,
y al nivel, por lo menos, de Quintana.
Sus ocios perdurables distraía
pidiendo consonantes á la luna,
y se olvidaba un día y otro día
de pedir protección á la fortuna.
Teniendo en redondillas un tesoro,
y aspirando al aplauso de la historia,
ignoraba que el oro
es el brazo derecho de la gloria;
y al ocuparse en nada ó casi nada,
en perseguir efímeras visiones,
era su mente viva y despejada
un gran laboratorio de ilusiones.

III.

Debe saber el que á medrar aspira,
pesé á sus sueños de color de rosa;

(Continuará.)

EL CALOR ANIMAL

Se lo habían dicho: aquel afán de hacer frases,
aquel prurito en construir un chiste tomando
pié de cualquier cosa, concluiría por salirle á la ca-
ra y darle un disgusto. Pero no era don Juanito
hombre que renunciara á su caprichosa manía, sien-
do precisamente el director y propietario de *El La-
tigazo*, que aspiraba á regenerar el pueblo, y ha-
biendo alcanzado, por su comeczon en morder, la fa-
ma de ocurrente de que gozaba. La lengua del pe-
riodista rural poseía el filo de una hoja de acero;
allí donde descubría un punto vulnerable aplicaba

que en verso se enamora y se delira,
pero se vive y se prospera en prosa;
que hoy por doquiera multitud de locos
escriben elegías y canciones,
y acaso valen más porque son pocos
esos que saben fabricar millones.

IV.

Era Berta una rubia seductora
de ojos claros y azules como el cielo,
que en sus dulces coloquios con la aurora
mentía ya pesares sin consuelo.

Su voz, tenía al dilatarse lenta,
el dulce ritmo, acompasado y suave,
con que modula su doliente arpeggio
allá en las selvas escondida el ave.
Sus hombros escultóricos cubrían
en profusión undosa los cabellos,
y hasta el fondo del alma descendían
de su ardiente pupila los destellos.
Romántica gentil, era su gloria
guardar en la memoria
los versos de lord Byron y Espronceda,
y escuchar silenciosa los suspiros
que exhala el viento, en vagabundos giros,
al correr, murmurando, en la arboleda.
Alma sincera, delicada y joven,
prefería en la música divina,
al candente suspiro de Bethoven
el suspiro ideal de Palestrina;
alzando á Dios su corazón sencillo,
sólo excitaban su fervor cristiano
las vírgenes correctas de Murillo,
las risueñas madonas del Tiziano;
y, amante apasionada de las flores,
iba siempre buscando en los jardines
suave perfume y pálidos colores:
violas, adelfas, lirios y jazmines.

LUIS MUÑOZ RIVERA.

enseguida un comentario cáustico, que como el hie-
rro candente que abrasa la carne enferma arrancan-
do un churruqueo de piel abrasada, levantaba un
coro de risas.

Aquella noche había estado don Juanito más cé-
lebre que nunca; ni un momento dejó en paz á la
lengua; recorrió todas las dependencias del casino
bromeando con todos los socios que encontró en
los salones y aquí soltando un chascarrillo, allí de-
jando caer una palabra de doble sentido, allá
echando una parrafada llena de reticencias é ironías,
se le fueron gratamente las horas y dió la de la una
en que acostumbraba á retirarse á su casa. Así lo
hizo; la campanada del reloj del edificio obligó á
apurar el último sorbo de café y bien envuelto en

su capa, apurando la colilla del puro, acompañado de los cuatro ó seis amigos que siempre andaban á su retortero, pinchándole para que vomitara por por aquella boca ingeniosidades y cuchufletas, se marchó en busca de la cama.

Estaba entonces al mediar el mes de Enero y caía una helada sutilísima que blanqueaba el piso y los tejados con un menudo polvo abrigado por la luna; de la sierra cercana veníase sobre el pueblo un airecillo manso y apenas sensible en apariencia, pero tan crudo, que hasta las paredes parecían estremecidas de frío; no andaba un alma por la calle; los faroles no se habían encendido y sólo alumbraban los desiertos lugares los resplandores del astro nocturno en su plenilunio, que en la quietud de la madrugada y en la soledad del paraje resultaban más intensos y luminosos.

Sin embargo, los dos amantes que don Juanito y sus acompañantes se encontraron al paso en un callejón, no daban señales de experimentar molestia por aquella baja temperatura; á ella no se la distinguía bien, oculta como se hallaba en la penumbra de la ventana y casi escondida por la entreabierta vidriera; él era un mozo del pueblo; tenía liada una manta al cuello, cayéndole las puntas por la espalda, y cogido con una mano á un barrote de la reja charlaba sin duda con su novia, sin importarle un comino que se acercara gente.

Don Juanito no esperaba el encuentro, pero en cuanto vió á los dos amantes sacó la cabeza su carácter agresivo; aquellos dos novios le venían de perillas para soltar la última frase de la noche que empezó á revolearle en el magín; no dijo al pronto nada; siguió andando y al pasar junto á la amartelada pareja, exclamó en voz alta para que se le oyera bien, con acento de sorna y volviéndose hacia sus amigos:

—Caballeros, hay quien se ríe de la helada... ¡Ahí tienen ustedes el calor animal!...

Todos soltaron la carcajada al oír la ocurrencia de don Juanito, pero en el acto se les apagó la risa en el rostro, pues el mozo, que al parecer se hallaba embebido en su coloquio galante, se apartó bruscamente de la reja, se acercó al ocurrente señorito, encarándose con él, y le dijo á brotones, mientras se pegaba á su cuerpo hasta tocarle en el pecho:

—Usted será el animal, só espantajo...

Y agarrándole de las solapas antes que nadie pudiera impedirlo, lo lanzó rodando, añadiendo con ironía á la vez:

—Verá V. como entra así también en calor...

Y se acercó después á la reja, mientras los amigos de don Juanito, ahogando su risa, se lo llevaron calle adelante hecho una furia.

ALFONSO PEREZ NIEVA.

EL ABUELO Y EL NIETO

DOLORA

—Una pregunta quisiera haceros.

—Hazla en seguida.

—Abuelito ¿qué es la vida?

—Una sombra pasajera.

—¿Y el hombre?

—Pura ilusión.

—¿Nada más?

—¡Y á veces capa de cieno!... Acerca ese mapa y escucha con atención.

¿Ves el trazo desigual

de ese perfil, hijo mío?

—Esto representa un río muy caudaloso

—Cabal:

el Ebro que en la vertiente, brota de estos peñascales y cuyos limpios cristales forman sosegada fuente

—Aún recuerdo la bondad de sus aguas.

—Las bebimos

hace un año cuando fuimos juntos á Soria

—¡Verdad!

—Pues, hijo, sin que te asombre,

si aquí tu atención se pára,

ver en esta fuente clara

puedes la imagen del hombre.

Limpia de mancha y delito

nace toda criatura,

como la corriente pura

cuando brota del granito.

Pero dejemos atrás

la fuente que es nuestra vida

y que pronto convertida

en ancho río verás.

Sigue, sigue por aquí

el curso del Ebro.

—Esta es

Zaragoza.

—¡Justo! ¡pues!

¡Qué grande es el río!

—¡Sí!!

—Mas ya es turbio el manantial:

ya se ha trocado la fuente

en ancho río potente

que amaga á una capital.

Del Ebro la transparencia

empañaron con su lodo

lluvia y torrentes, á modo

que se empaña la existencia.

Pues al tomar proporciones

del ser humano la vida,

halla siempre en su crecida

el lodo de las pasiones.

Y al más torpe se le alcanza

que pierde el niño en pureza

tanto como en su grandeza

y en su desarrollo avanza...

—¡Comparación singular!

—¿Te convences?

—Prosigamos.

—Falta muy poco. Ya estamos en Tortosa

—¡Y luego el mar!

—Si, hijo mío: donde fina

el Ebro impetuoso y fiero

y el dulcísimo reguero

de su fuente cristalina.

¡Que ese mar profundo y bravo

es parecido á la muerte

en donde el débil y el fuerte,

pagán su tributo al cabo!

Y no habrá en el mundo, no,

filósofo que replique...

¡Lo dijo Jorge Manrique

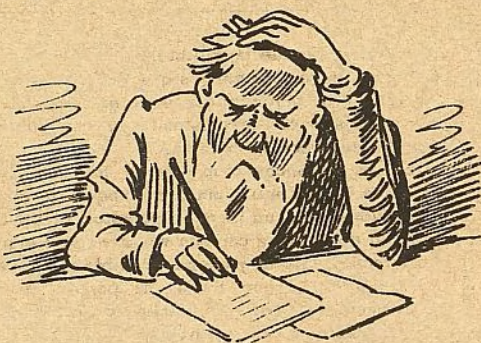
que sabía más que yo!

MARCOS ZAPATA.

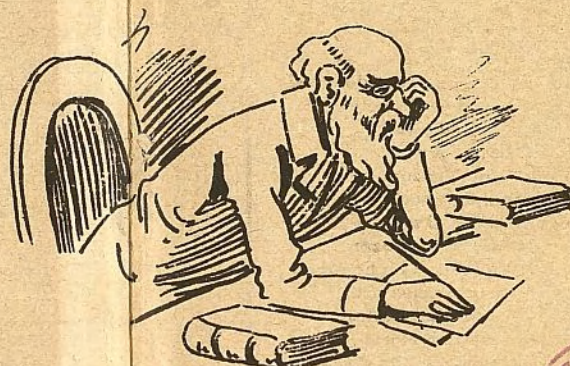
CONTESTACIONES A UNA CARTA CIRCULAR, POR M. GONZALEZ



—Si; antes de casarme, lo mejor será pedir parecer a mis amigos. A ver qué me contestan.



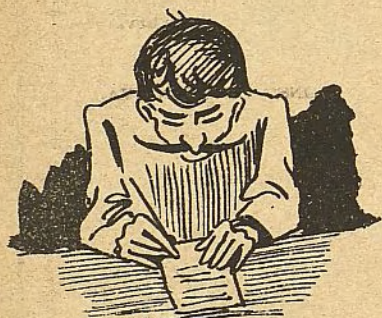
«Antes de casarte piénsalo mucho, pero mucho, y después de maduro examen... no te cases.»



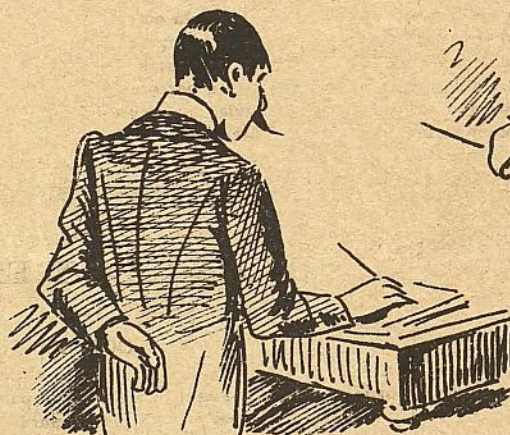
«He consultado á Balzac, Kant y otros y de su lectura deduzco que debes hacer lo que te dé la real gana.»



«¡No te cases, no te cases con tal chica porque tuvo, porque tuvo mil deslices, y te pondrá las narices como botas de montar!»



«A mí me va muy bien, pero tuve antes que cumplir unos años de presidio por haber matado á mi suegra.»



«Yo creo que de los gustos sin pecar el mejor es el casar.»



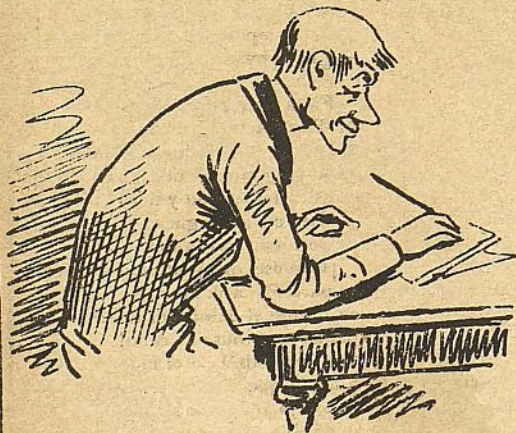
«Chico; no se me ocurre más contestación que ¡¡psch!!»



«Salt al patio de la cárcel miré al cielo y di un suspiro; ¿dónde está mi libertad que para siempre he perdido? (Con que aplica el cuento.)»



«... ya lo creo que conozco á tu prometida! ¡Si tú la conocieras tanto!...»



«Yo soy de los que se afeitan solos. Escuso decirte como pienso respecto del matrimonio.»



«Debes casarte; tu prometida es muy guapa... ¿Me presentarás?...»



«Hasta después de casado, no sabrás si te conviene ó no el matrimonio.»



«Chico, yo llevo treinta años de casado y... como el primer día, en buena hora lo diga.»



«¿Qué ha decirte este pobre militar! Te mandaré mi espada y... ya sabes. «No la saques sin razon ni la envaines sin honor.»

¡MUERA EL ALFABETO!

Recuerdo que, tiempo atrás, algún escritor discreto probó que del alfabeto la mitad sobraba, ó más; y como llegó á entender que es importante el asunto, voy á dar sobre este punto mi modesto parecer.

Pensando lógicamente, creo, por varias razones, que en aquellas opiniones abundará mucha gente.

Y no por el interés de que las letras, al fin, vengan del griego ó latín, ó del chino ó del francés; sino porque en realidad, y en vista del resultado que aquí siempre nos han dado, no son de necesidad.

Ejemplos: ¿Qué caballero que se dedique á escribir ha llegado á conseguir en España algún dinero?

En cambio, á cualquier *melón*, que ni aún á firmar acierta, se le mete por la puerta la fortuna de rondón.

Esto en tesis general; puntualizando la cosa, cada letra se hace odiosa por un motivo especial.

La B. fuera desde luego y sin que nadie se asombre, que no es decente que el hombre se exprese como el *borrego*.

La D causa mil disgustos á los que tranquilos viven: ya no se *da*; se reciben no más *sablazos* y sustos.

La F parece un desliz en toda conservación; ya no tiene aplicación, porque no hay nadie *feliz*.

G y J. ¡Bravo por Dios! ¿Hase visto igual cinismo? ¡Para pronunciar lo mismo, dos, nada menos que dos!

La conciencia se alborota, y á una hay que darle *mulé*: quedémonos con la G y que se baile la J.

A la H que se la tache; es una letra que *hastía*, y no yendo en compañía, ¿para qué sirve la H?

La K, letra de aprendices, de niñas y gente chica. ¡Pues digo si se duplica! ¡Tapémonos las narices!

A la M que se la queme; es una letra *ampulosa*, y con la N no hay cosa en que haga falta la M.

La Q siempre haciendo el *bú*, no sirve más que de mote, y únicamente *Quijote de las letras* es la Q.

¿Y la V de corazón? Es un atroz desatino. Puede pasar en el *vino*; en lo demás no hay razón.

La X mandaría al infierno; es letra tan problemática, que sólo en la matemática sirve de problema eterno.

La Y griega es letra de pega, pues todo el mundo imagina que teniendo la latina no es necesaria la griega.

Y la Z que se vaya, porque estoy bien convencido que á ningún hombre ha servido más que el editor *Zozaya*.

Hasta á la T considero que hay que echarla, y de ese modo, que siempre he sido *todo*, [¿cómo me quedo con gusto *cero*?

Y con esto me retiro, de alfabética epidemia limpio, que si la Academia me coge, me pega un tiro.

Y ya que expuesto quedó con lo expresado mi objeto, grito: «¡Muera el alfabeto, y conste mi voto en pró!»

MARIANO DEL TODO.

IDILIO

Mauricio caminaba lentamente al azar, bajo el espeso follaje del bosque. Había cesado la lluvia, pero las gotas rodaban aún de hoja en hoja, con el ligero ruido de un surtidor casi agotado, y á lo lejos la sombría calle de árboles se abría sobre un campo raso mojado, de un hermoso color verde con tonos y matices de exquisita dulzura. Los troncos eran negros, las ramas parecían más negras aún con las sombras de la tarde, y la gran masa de los castaños, inguiéndose por encima de la cabeza del joven pintor, semejaba á la alta bóveda de una catedral, en la hora en que todo es sombrío en las iglesias, en que las vidrieras coloradas lanzan en la oscuridad resplandores tan vivos y misteriosos, que se las creería iluminadas por un fuego exterior.

A Mauricio le gustaba la hora en que el día fenecía después de la lluvia, cuando el sol permanece oculto y un triste gris envuelve todos los objetos, confundiendo sus contornos, suavizando sus ángulos y dotando á todas las formas de una redondez muelle y deliciosa. Caminaba sin apresurarse, como descubriendo á cada instante en el bosque una be-

lleza que aún no conocía, y sintiendo en lo más íntimo de su ser esa tierna admiración de la naturaleza que es atributo del genio.

Cuando llegó al raso, miró á su alrededor. La campiña era verde y brillante; las delicadas hojas de los arbustos, reluciendo bajo el agua que las había lavado, formaban una red de finísimo encaje, sobre el fondo negro del bosque que se extendía por el otro lado.

Se detuvo para ver, para observar y sentir mejor la impresión de este bosque húmedo, más penetrante, más humano, por decirlo así, en sus grandes sombras que en pleno sol, bajo todas las magnificencias del día.

Una esbelta y graciosa forma se destacó entre el delicado follaje de los álamos, y se aproximó con paso suave sin ver á Mauricio, que la observaba tan inmóvil como el tronco de un castaño. Al verle, cuando apenas se hallaba á dos pasos de él, la joven se estremeció y cayeron algunas ramitas del haz que llevaba sobre la cabeza.

—Me ha asustado Vd., dijo ella sonriendo; y sus grandes ojos negros brillaron alegremente bajo la graciosa maraña de sus cabellos.

Mauricio la miraba sin responder. Reinaba una armonía completa, imposible de traducir por medio

de palabras, entre esta gallarda joven de rostro sonriente, el follaje del campo y el color del paisaje.

—Quédate así, dijo el joven: voy á hacer tu retrato.

Quiso ella componer un poco los cabellos que caían sobre su frente, pero él la detuvo con un gesto.

—Quédate como estás, le dijo.

Y se sentó sobre una piedra y bosquejó rápidamente la silueta y los rasgos principales de su joven modelo.

Era una labradora, pero fina y delgada, como suelen ser esas chicueñas antes de su completo desarrollo, frecuentemente tardío. Sus ojos eran ya los de una mujer, pero su sonrisa era aun la de una niña.

—¿Cuántos años tienes? le preguntó el pintor, sin abandonar su trabajo.

—Pronta cumpliré diez y seis.

—¡Tan pronto! Te he visto muy pequeña hace tres años.

—Era muy pequeña, dijo ella con una risa graciosa, franca y atrevida, pero he crecido rápidamente, y para San Juan ya tendré novio.

—¿Por qué para San Juan?—preguntó el joven, mirándola con atención.

—Porque se necesita uno para bailar al rededor de la hoguera.

«¡Tan pronto! ¡Esa frente pura, aquellos ojos inocentes, aquella boca infantil!, todas esas gracias iban á ser profanadas por la pesada galantería de un rúsico!» Este pensamiento despertó en el corazón de Mauricio una vaga sensación de celos.

—¿Me quieres por novio?—le dijo, continuando su obra empezada.

—¡Oh, usted es un señor, y yo una labradora; las muchachas honradas no dan oídos á los señores!

Este es el código de la honra: y en las aldeas, y por lo tanto, el joven nada respondió.

—Ya no veo; ¿quieres volver mañana á este sitio, un poco más temprano?

—¿Para mi retrato?

—Sí.

—Volveré. Buenas tardes, caballero.

Y recogió su haz y desapareció en la sombra ya espesa, bajo la bóveda de los negros castaños.

Mauricio regresó á su casa soñando con la chicuela de largos y ondulantes cabellos. Muchas veces la había visto y siempre la había contemplado como artista. Pero ahora le parecía verla con ojos de amante celoso. La noche y el siguiente día fueron demasiado largos para él, y mucho antes de la hora fijada se hallaba en el punto de la cita.

Había continuado el retrato en su casa, y así, cuando la chica llegó, un poco más tarde de lo que había prometido (como hubiera procedido una mujer coqueta) se sorprendió agradablemente.

—¿Soy yo esta?—dijo, haciendo un gesto de satisfacción.—¿Va a regalarme Vd. ese retrato?

—No: yo haré uno más pequeño para tí.

—¿Y qué va á hacer de este?

—Ir á París, lo pondrán en un cuadro grande y lo exhibirán en un hermoso salón donde todo el mundo irá á verlo.

—¡Ah! sí, ya sé: á la Exposición. Hay en mi pueblo pintores que trabajan para la Exposición, como ellos dicen, pero nunca me han retratado.

El día terminaba dulcemente; como la víspera, Mauricio volvió á hallar los tonos dulces y finos que le habían encantado, y su obra avanzó como cien codos hacia la posteridad.

Volvió á verla aún muchas veces, á la luz opaca del taller y se complacía en hacer de ella su obra más perfecta. Era ya un pintor célebre, no tenía necesidad de adquirir una reputación, y, sin embargo, tenía la seguridad de que este lienzo pondría el se lo á su fama.

Cuando lo hubo terminado á su sabor, había empezado el invierno, y Mauricio amaba á su pequeña modelo.

La amaba demasiado, por decirlo así, demasiado para marchitar esa flor de los prados que no podía convertir en esposa suya, pero lo bastante para que el pensamiento de abandonarla le hiciese sufrir. Ella no poseía ninguna de las cualidades que aseguran la felicidad de un artista: ni la profundidad del sentimiento, ni la abnegación que lo hace olvidar todo, ni la pasión que todo lo disculpa; era una bonita flor campestre, un poco vanidosa, algo coqueta, sin grandes defectos ni grandes virtudes. Mauricio sabía que ella no podía pertenecerle y, sin embargo, adoraba el contorno de aquel cuerpo apenas formado, que los pliegues del sayal envolvían castamente sin poder ocultarlo. Amaba aquellos ojos negros y brillantes, aquella boca sonriente, aquellos hermosos cabellos siempre desordenados, el pañuelito cruzado sobre el pecho... La amaba con entusiasmo y la abandonó con mucha pena. ¡Es tan duro dejar tras de sí una parte de la vida destinada á desaparecer!

Llevó consigo su lienzo y pasó ante él las mejores horas de invierno, perfeccionando sin cesar su obra ya excelente.

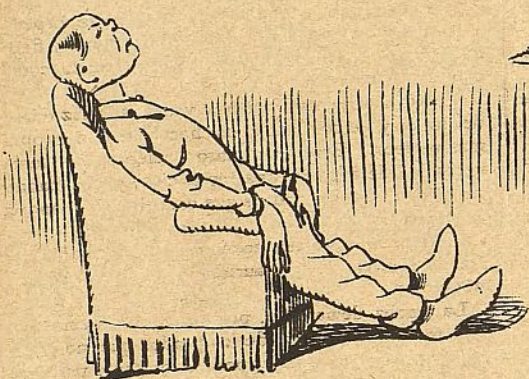
El cuadro fué admirado; la crítica, unánime en su dictamen, declaró que tales facciones no podían existir más que en el cerebro del poeta ó en la imaginación del pintor. Mauricio escuchaba estos juicios sonriendo, y guardó el secreto del dulce rostro que le había inspirado.

Hicieronle brillantes ofertas por su cuadro: nunca se habían propuesto pagarle tan cara una de sus obras; pero él no quiso venderle. Rehusó también permitir la reproducción del cuadro. Puesto que no debía poseer de su modelo más que la imagen, creía que no debía deshacerse de ella.

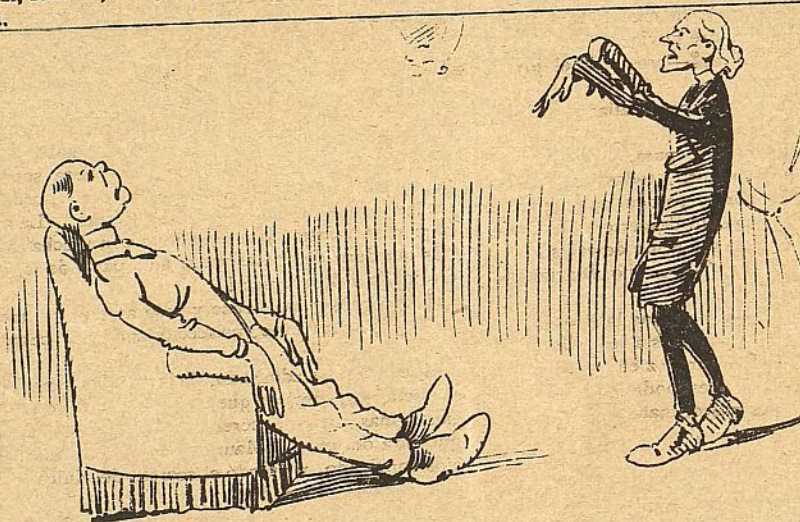
Se aproximaba el otoño cuando Mauricio regresó á la aldea; desde que había hecho aquel retrato, la hoguera de San Juan había visto dos veces dar vueltas en torno suyo á las alegres parejas, y cuando el pintor pensaba en la joven se preguntaba con una triste sonrisa, cual de los palurdos habría conseguido acompañarla.

Su primera peregrinación cuando llegó, fué hacia el bosque de castaños. Al terminar el día recorrió la sombría cañada de árboles, pero ya no era negra y sombría; un rayo ambarino la airavesaba aun, y parecía haberse fijado sobre cada hoja que temblaba en las ramas ó que se estremecía bajo sus pies.

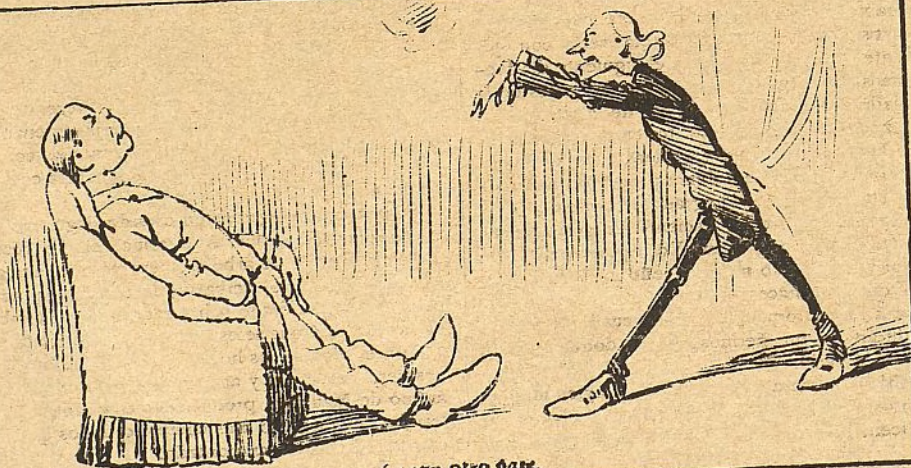
Con el olor de las hojas secas, todo el mundo de pesares, recuerdos y amarguras se apodeara del ánimo de Mauricio, produciendo en él una indecible tristeza, el disgusto más completo de los que hasta entonces había experimentado.



He aquí, señores, el sujeto, en el cual por medio del sueño hipnótico, voy á producir la insensibilidad completa.

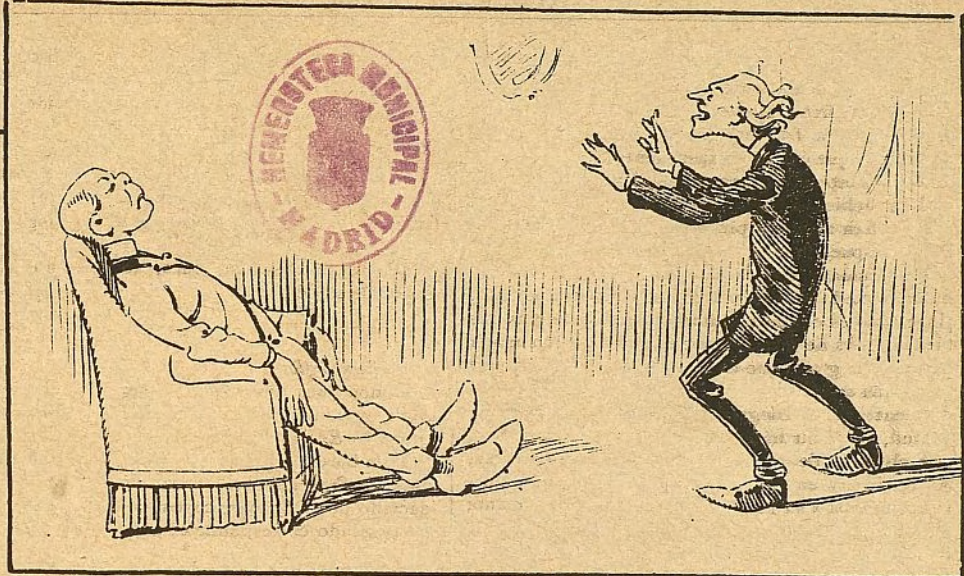


Se le da primero un *pass* magnético.

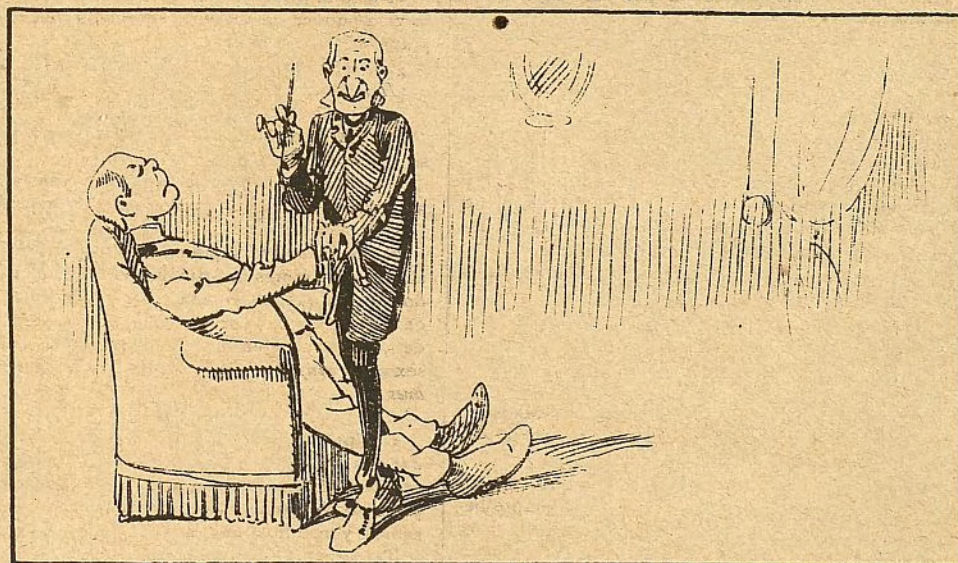


Luego otro *pass*.

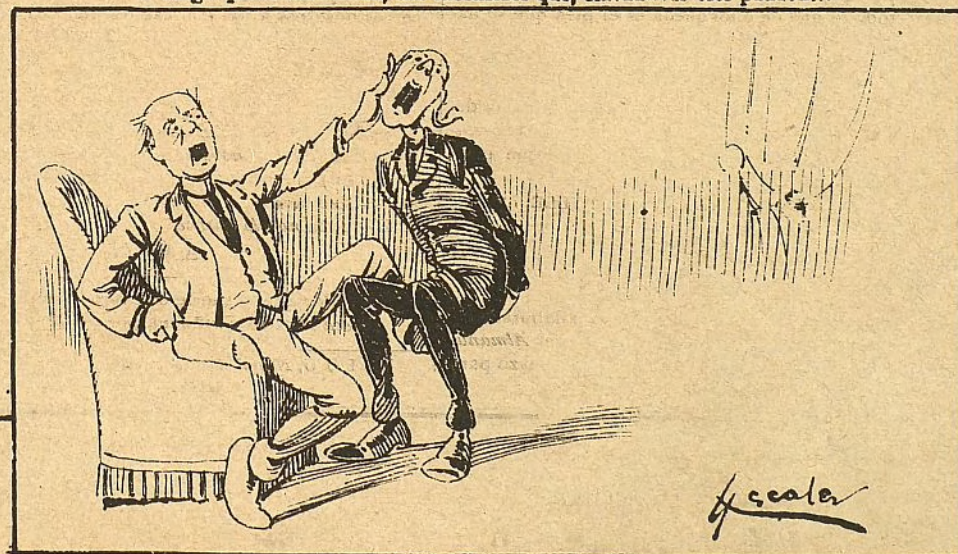
HIPNOTISMO, POR ESCALER.



Luego se le sugestiona, poniendo en juego la voluntad.



Y luego queda insensible; tan insensible que, clavándole este punzón...



Cuando llegó al raso, se sentó en el mismo sitio donde diez y ocho meses antes había esbozado el estudio que había puesto el sello á su reputación. Aquella piedra fría parecía burlarse irónicamente de todo lo que él había experimentado.

—¡Una labradora, una coqueta! ¡Qué buen negocio! Me hubiera amado si yo hubiese querido. Otras muchas han amado á pintores y los han seguido á París; después han desaparecido en la espuma de la gran ciudad, sin cargar de cadenas al que las había iniciado en el arte, en la vida intelectual... ¡Insensato es el que sacrifica á vanas quimeras los bienes reales de este mundo: el amor de una mujer hermosa, la gloria que dá el talento, la fortuna que acompaña al éxito!

Mientras que renegaba así de los dioses de su juventud, vió venir hacia él, por el sendero conocido, á la chicuela de otros tiempos, crecida y hermosa, convertida ya en una mujer. No iba sola; un palurdo caminaba á su lado y la estrechaba la mano; hermoso mancebo, eso sí, robusto, vigoroso y muy bien portado para ser un labrador. Se inclinaba hacia ella y de cuando en cuando enjugaba con sus lábios una lágrima que corría por las mejillas de la joven.

Al ver á Mauricio, se detuvieron sorprendidos y confusos.

—¡He aquí, pensaba él, para lo que he respetado esa flor!

De este modo se reprochaba su necedad, cuando la joven le dirigió la palabra:

—No quieren casarnos, señor —le dijo, con la voz entrecortada por los sollozos.— Soy pobre, él tiene bienes de fortuna, y su madre no me quiere por nueva; trata de desheredarle si efectúa la boda.

—Y vosotros no queréis que le desherede, ¿no es eso?—preguntó Mauricio irónicamente.

—¡Diantres!—replicó el mancebo.—Es preciso vivir.

—¡Es mi y justo! Siento mucho lo que os pasa, amigos míos.

Luego se alejaron los rústicos amantes. Mauricio permaneció solo, inclinó la cabeza y meditó largamente.

Se había disipado la quimera; nada quedaba de la esbelta chicuela en aquella labradora siempre bella, pero muy próxima á convertirse en una matrona vulgar.

—¡Así pasan nuestros sueños!—dijo al levantarse:—todo lo que de ellos queda es el bien que se ha hecho.

Aquella misma tarde escribió á París, y algunos días después se presentó en casa de la joven.

—He vendido tu retrato, la dijo en presencia de la madre estupefacta; me le han pagado muy caro, es toda una fortuna. Te la traigo á fin de que puedas casarte con tu novio...

HENRY GREVILLE.

CHIRIGOTAS

Advertimos á aquellos de nuestros colaboradores que quieran mandar composiciones para el *Almanaque* y todavía no lo hayan hecho, que el plazo para

la admisión de originales espira el 30 del corriente. No se retrasen, pues, los que quieran llegar á tiempo para honrarnos con su colaboración.

Y otro tanto digo á los corresponsales.

A los cuales advierto que la tirada que hacemos del *Almanaque*, con todo y ser grande, bastara apenas á cubrir los pedidos que se nos hagan antes de darlo a la venta.

Que no se duerman, pues, los que no quieran quedarse sin él.

✱

Se dan *Siglos*.

Conociamos hasta ahora el siglo de las luces, *El Siglo*, periódico madrileño, *El Siglo Futuro* y el bazar de *El Siglo*.

Pues bien; desde hoy contamos con otro siglo más: *El Siglo del Bello Sexo*, nuevo semanario, redactado por señoritas, cuyos piés beso, y a cuyo galante saludo correspondemos.

✱

Y dice *El Siglo del Bello Sexo*:

«No es la primera vez que pisa los humbrales de la vida pública, una Revista redactada por nuestro sexo.»

¿No señorita? ¿no *hes* la primera vez?

¡Have Maria Purísima!

Pero *El Siglo del Bello Sexo* de buenas á primeras se nos vuelve batallador.

Y se lamenta del triste papel que la mujer ha representado desde muy antiguo en la sociedad.

Vean Vdes. como:

«No se pensó más que en mantenernos uncidas al carro de la más abominable tiranía, considerándonos más que mujer, una cosa, y á veces un objeto de regalo, como lo prueba que un notable orador de la Roma antigua digese, dirigiéndose á nuestro sexo: *La mujer es una máquina para hacer hombres*.»

«Culpa fué de ellos si no supieron estudiarnos ni dar con el resorte que les abriera de par en par nuestro corazón, cuyo mágico botón supieron imprimir otros hombres más delicados, aunque menos sabios, y más hombres, aunque menos filósofos.»

Tiene razón la querellante.

Y porque comprendemos que la tiene, nos ofrecemos nosotros á dar con ese resorte, cuyo mágico botón prometemos tratar como hombres más que como filósofos.

La galantería ante todo.

Sección poética de *El Siglo del Bello Sexo*.

Se trata de una *novela poetisa* (según asegura la redacción) que promete, para lo futuro, dar «escelentes resultados».

Y dice la *novela poetisa*:

A E. (I)

¿Por qué la suerte con furor insano
troca nuestro cariño día por día

I. I O U, Nota de la Redacción

en hiel amarga, en mísera agonía
superior al valor y al temple humano?
Y en torno nuestro con furor impío
nuestro nombre, sin piedad envilecen,
y crece su furia y su delirio crecen,
(Todo crece, por lo visto: hasta los endecasílabos
que se *trocan* en largos cuando uno menos se lo
piensa.)

cuanto más nos amamos, ángel mío?
Hasta tu madre, de bondad dechado,
de épocas mejores fiel testigo
renegando al pasado, en enemigo
de nuestro amor, ERNESTO hase trocado.
¿Qué extraño es que el mundo,
siguiendo, de tu madre el triste ejemplo
a la avaricia ó maldad exija templo,
y nos mire con desden profundo.
Y así sucesivamente hasta el final.
Firma la poesía LUISA D.
¿Señorita Luisa, señorita Luisal ¿no sería más
conveniente que espumaran Vdes. el puchero?

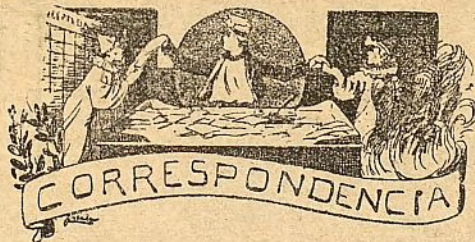


LIBROS. — *A reir*, por D. Federico Lopez Verdader. Colección de majaderías sin piés ni cabeza, que se vende... mejor dicho: que el autor cree que va á vender, al precio de un real.

Almanaque de «La Tramontana», para 1891; contiene excelentes grabados y texto ameno y adecuado á las ideas del periódico. Si, como dicen, lo han denunciado, sentiría el tropiezo. Precio: un real.

Almanaque de «La Ilustración Española y Americana». ¿Para qué alabar un libro que todos Vdes. saben que es excelente? Cómprenlo Vdes. cuesta dos pesetas.

Quedan otros libros por anunciar, y uno que me dispensen los autores no hay espacio.



Aben Yausung. — No, en catalán no. Mande V. algo en castellano y con muchísimo gusto...

M. L. N. — Madrid — La seguidilla sirve para el Almanaque. La otra... la otra no me gusta.

A. A. y P. — *Embebido* y no *embevido*; *berzas* y no *verzas*. Y el final del soneto me resulta una vulgaridad como un templo.

F. G. — Zaragoza. Bueno, manden Vdes. el importe.
Z. de V. — Zaragoza. — Ni *nada* es consonante de *aseguraba* ni en una composición firmada por un hombre, está bien que se diga

hoy, ¡entro mi (!), con rumor
dulce, hoy un sér que se agita,
porque eso parece así... vamos... escabroso...
J. A. L. — Pontevedra. — Precisamente ha ido á Vd. á limar la que menos nos gusta. La otra, si cabe, quizás salga en el Almanaque.

Un chico. — ¡Ole ya por los chicos salerosos que resultan muy sucios y muy sosos!

E. P. — Valencia. — El caso es que en eso no queremos economizar. Mande Vd. los que guste y, de ser aceptados, se le pagarán al mismo precio que á los demás. Eso sí: han de ser dibujos hechos sobre asunto determinado y con su *miajita* de gracia correspondiente.

B. T. — Barcelona. — Usted dispense, pero esa figura... ¿no está calcada de Moliné?

E. G. — Sevilla. — Sirve una para el Almanaque. Y Vd. vale, caramba, Vd. vale mucho.

El gachi de Villafranca. — Muy señor mío: ya he tenido el honor de decir que no publicamos diálogos chulescos. De usted atento, s. s. etc.

E. V. — Valencia. — ¿El folleto *¡Calafí!*? Un real. Y no hemos mandado más á esa porque quedan poquitos ejemplares.

Srta. J. E. de S. — Barcelona. — Lo siento, á fuer de galante... y porque, además, me ha dicho Escaler que es Vd. muy guapa. Pero lo cierto es que los versos, sin ser malos, no llegan á la talla.

Un pobre estudiante. — Sevilla. — *Beo, beneno, reservado, hespero...* ¡Bálgame la Birgen, qué hortografía!

Gali Matías. — Mira si será inocente aquella mendiga coja, que ayer vió á pasar á un cura y le pidió una limosna.

Este cantar — que casi no es cantar — es el único que me gustaría... si no fuese tan irreligioso. Lo demás no es malo, pero... pero... En fin, tiene *peros*.

F. A. y L. — Madrid. — Muy seria.

K. K. *Tua*. — Mi querido amigo: ya he tenido la honra de repetir que no queremos publicar diálogos chulescos. De usted afectísimo agradecido seguro servidor. etc. etc.

J. M. — Barcelona. — Si, muy bonito... para que lo canten los ciegos por la calle.

No son publicables (y por falta de espacio no digo por que motivos) los dibujos y composiciones con cuya remisión nos han honrado los señores J. T., Roberto, F. V., Plindarito, E. M. G., E. Areip, V. Z., Dos tranquilos, F. O., Putin-Patán, J. Z., A. T., *El chico de la esquina*, P. F., Pandareta, A. L. P. y J. O. A. (Barcelona). — J. P. (Sans). — J. A. M., Mantequilla, T. R., *Pseudónimo*, E. D. I., *El Tío Vivo*, M. S. y G. A. G. (Madrid). — *Cascabel* y V. de C. (Valencia). — *Albufera*. — J. E. C. (Bilbao). — *Jesupe* y J. N. de C. (Valladolid). — J. B. P. (Coruña). — L. L. C. (Almería). — *U. go* K. Pto. — L. S. P. (Santander). — L. R. de L. M. (Zaragoza). — K. K. *Huet*. — *Fray Chorizo*. — A. F. M. (Reus) y A. A. C. (Haro.)

Cuadro de honor

CORRESPONSALES

que nos deben y no nos pagan

| | Ptas. |
|---------------------------------------|--------|
| D. Ignacio Guerola, de Valencia | 261 |
| » P. García de Valladolid, de Murcia | 152'68 |
| » Severino Valdés, de Gijón | 105'50 |
| » Pedro Arnaez, de Ávila | 106'80 |
| » Ramón Pérez, de Alcoy | 50'38 |
| » E. Araujo Bodero, de Lugo | 64'50 |
| » J. Julián, de Almería | 30 |
| » Juan J. del Aguila, de Vigo | 46 |
| » Manuel Garrigós, de Murcia | 65'40 |
| » Constantino Vilasau, de Palafrugell | |
| » Miguel Escobedo, de Novelda | 19'62 |
| » Santiago Pérez, de Cáceres | 18 |
| TOTAL... Pesetas | 919'88 |

Imp. de Calzada. Arco del Teatro, 9, pasaje.



REDACTADO POR

Almodóbar, Campoamor, Catarineu, Delgado (D. Sinesio), Echegaray, Estremera, Feliu y Codina, Gil, Guimerá, Lopez Silva, Motta, Oller, Palacio, Perez Nieva, Perez Zúñiga, Pitarra, Royo, Sanchez Perca, Segura, Taboada, Urrecha, Zahonero y otros muchos.

ILUSTRADO POR

Apeles Mestres, Cilla, Carrasco, Cuchy, Escaler, Mecachis, Melitón González, Moya, Pahissa, Pons y otros..

SALDRÁ PRONTO

Precio: 2 reales.—A corresponsales y vendedores: 35 céntimos